



Yo soy EGERÍA

Lectura feminista
de un viaje en el siglo IV

Marisa Vidal Collazo

Ilustraciones:
Sole Pite Sanjurjo

evd

Yo soy Egeria

Lectura feminista de un viaje en el siglo IV

Marisa Vidal Collazo

Ilustraciones:

Sole Pite Sanjurjo

evd

Editorial Verbo Divino
Avenida de Pamplona, 41
31200 Estella (Navarra), España
Teléfono: +34 948 55 65 11
www.verbodivino.es
evd@verbodivino.es

© Del texto, Marisa Vidal Collazo, 2022
© De las ilustraciones, Sole Pite Sanjurjo, 2022
© Editorial Verbo Divino, 2022

Fotocomposición: Equipo diseño EVD

Impresión: Liber Digital, Casarrubuelos (Madrid)
Impreso en España – *Printed in Spain*
Depósito legal: NA 2322-2022

ISBN: 978-84-9073-847-4

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917 021 970 / 932 720 447).

Índice

Prólogo. Tejiendo memoria con esperanza.....	9
Presentación	13
Yo soy Egeria... ..	15
Yo, que soy muy curiosa... ..	19
La historia de un libro singular.....	23
Viajando por el Imperio romano.....	27
Las mujeres en el siglo IV.....	33
Mujeres con autoridad.....	37
He visto cómo nacía la monástica	43
A quién escribo.....	49
El <i>Itinerario</i> . Etapas del viaje	53
En el monte Sinaí.....	61
De Jerusalén a Nebo	67
De Jerusalén a Carneas	73
De Jerusalén a Mesopotamia de Siria.....	79
En Seleucia	85
En Constantinopla	91
Las liturgias de Jerusalén	97
Las fiestas litúrgicas.....	109
A modo de despedida.....	123
Bibliografía	125

Prólogo

Tejiendo memoria con esperanza

Allá por el año 241, Orígenes de Alejandría, en una de sus homilías, invitaba a la comunidad cristiana de Cesarea Marítima *a recordar el pasado, a escuchar el presente, a prestar atención a lo que va a suceder*, porque de ese modo podrían encontrar la presencia de Dios habitando sus vidas (*HomNum* 25, 2.1). Con sus palabras buscaba animar a sus oyentes a ir más allá de la letra y ahondar en el significado profundo de la historia, porque era ahí donde podían descubrir como la liberación y la misericordia de Dios se mantenía viva y eficaz generación tras generación; pero esa constatación se tornaba insuficiente si no se incorporaba a la vida y a los desafíos del presente, permitiendo que inspirase los sueños y sostuviese la esperanza cara al futuro.

La audacia y frescura de la lectura feminista que Marisa Vidal, con las ilustraciones de Sole Pite, hace del singular viaje que Egeria realizó en el siglo IV me hizo recordar esta reflexión de Orígenes. Entre sus páginas descubría ese profundo deseo de volver al pasado desde el presente para mantener viva la esperanza. Un deseo que no deja de inquietarnos y que sigue urgiéndonos a escuchar una vez más a quienes nos han precedido, alentando nuevas preguntas, poniendo voz a los silencios, desempolvando palabras ignoradas o escondidas que parecían no haber existido.

De hecho, lo que hoy conocemos sobre la vida, inquietudes, dificultades y sueños de quienes nos precedieron es el resultado de los documentos y restos materiales que han pervivido en el tiempo, pero sobre todo del valor y significado que cada sociedad o colectivo ha dado a sus recuerdos y del modo en que han sido capaces de transmitírselos a las generaciones siguientes. Por eso, para hacer nuestro el pasado heredado no es suficiente con conocer los hechos y las circunstancias que lo determinaron. También es necesario leerlo una vez más desde nuestro presente para que siga vivo y significativo para nosotras.

En ese espacio inquieto y desafiante de la memoria en el que se encuentran lo que fuimos y lo que queremos ser, este libro nos invita a escuchar y actualizar la vida de una mujer que, como la de tantas otras, apenas tuvo un lugar en ese tejido humano que es la historia. La voz de Egeria, desconocida para muchos/as, se alza en el relato de Marisa Vidal para denunciar los horizontes patriarcales y androcéntricos con que se ha ido construyendo la memoria colectiva cristiana y recordarnos que siempre ha habido mujeres con iniciativa, sabias y audaces, que, a pesar de los silencios que las hicieron invisibles o las dejaron al borde del camino, tienen mucho que decirnos.

Cuando las mujeres nos decidimos a preguntar, a contrastar, a buscar, a descubrir nuevas perspectivas, a encontrar lo que estaba escondido, la figura de Egeria puede ser para nosotras un faro que ilumine nuestras noches. Su audacia y compromiso puede fortalecer nuestra identidad, pues el testimonio de su vida narrado en primera persona es relato profético y recuerdo subversivo (en el sentido que proponía J. B. Metz) de esa Iglesia

inclusiva de liderazgos entrañables y mirada misericordiosa que tantas soñamos.

Egeria se aventuró en un largo y arriesgado viaje para conocer aquellos lugares que hablaban de los orígenes de su fe, pero también para visitar a aquellos varones y mujeres que con su vida y su esperanza actualizaban el pasado y le daban un nuevo valor. Aunque había salido sola de su Gallaecia natal, llevaba en su corazón y en su mente a su comunidad de origen y para ella escribió con fidelidad y constancia su *Itinerario*.

El peregrinaje de Egeria nos invita a asomarnos a la memoria de lugares que no solo son geografía, sino que atesoran recuerdos y llevan grabada la identidad de un pueblo y de una fe. En ellos reconocemos nuestro pasado, pero también las voces de nuestro presente. Unas voces que Marisa acierta a poner en diálogo con el relato de Egeria, con sus preguntas y sus descubrimientos. Así ambas se van haciendo cómplices de una historia en femenino que sigue *gimiendo con dolores de parto*, pero que se explica y se desafía en este relato que une pasado y presente.

Marisa Vidal, con la inestimable compañía de Sole Pite, nos invita no solo a conocer a Egeria, sino a seguir preguntándole por aquello que la hizo valiente, a retener sus palabras, su comprensión de las cosas y saberla parte de esa genealogía de mujeres sabias y fuertes. A algunas las conoció, otras las tuvo como referentes, otras vinieron después, pero todas nos alientan a ser hombres y mujeres audaces, *curiosos/as* y también pacientes como lo fue ella.

Graciñas Marisa, *graciñas* Sole, por ofrecernos la oportunidad de escuchar un relato de ayer contado por una voz del presente que busca referentes en el pasado para sostener el camino de tantas mujeres que buscan una memoria femenina de la historia y de la fe.

¡Adelante! A conocer a Egeria, que seguro no os dejará indiferentes sino que os dejará preguntas.

Carme Soto Varela

Presentación

Este libro nace del cariño y admiración que dos mujeres, Marisa Vidal Collazo y Sole Pite Sanjurjo, sentimos por Egeria, la mujer que en el siglo IV viajó a Tierra Santa desde la Gallaecia romana. Su hazaña nos llega escrita de su mano en el *Itinerario*, libro que va escribiendo mientras camina y en el que recoge el resultado de sus pesquisas y las impresiones que en ella produce todo lo que va encontrando.

Siguiendo el hilo de este *Itinerario* y cómo resuena en nosotros el texto, teniendo delante también las investigaciones que sobre él se hicieron en diferentes tiempos y lugares, nos aventuramos a escribir y dibujar estas páginas: una reflexión sobre lo que de particular encontramos en una mujer atrevida y prudente, que sabe llegar hasta lugares poco comunes, guiada por su ansia de conocimiento. Milagros Rivera Garretas destaca que en el viaje de Egeria no hay nada sospechoso, que su iniciativa ni siquiera parece transgresora. Todo lo que ve, oye y hace es tan incuestionablemente impecable que hasta parece que no hay nada malo en salir de viaje en el siglo IV y explorar las costumbres de la Iglesia tanto en el ambiente capitalino, en Jerusalén, como en sus periferias.

Egeria, como tantas mujeres, dentro de la legalidad institucional aprovecha las normas en su beneficio, consciente de los límites impuestos. Exponiendo limpiamente la realidad eclesial del momento y las cosas que llaman su atención, pone en evidencia los

Yo soy Egeria...

... Y hoy me he propuesto contaros mi experiencia, llevaros de la mano hasta el siglo IV para que conozcáis cómo era mi mundo, tan distinto pero en muchas cosas tan igual al vuestro. Conoceréis a hombres y mujeres de mi tiempo, aquellos por los que yo tengo devoción y también a los que fui encontrando en el camino. Yo, que soy mujer viajera, os propongo este viaje por medio de un libro, que es la forma más genuina de conocer y dejarse sorprender sin salir de casa.

Ha costado que lleguéis a saber de mí. Hasta el año 1887 lo único que conocíais de mi existencia eran referencias indirectas. La más sonada, sin duda, la carta que el abad Valerio del Bierzo escribe, en el siglo VII, al monje Donadeus, y en la que hace un amplio comentario del periplo recogido en mi *Itinerario*, poniéndome como ejemplo a los monjes de su comunidad.

Valerio decía de mí:

Quando consideramos los hechos y virtudes de varones fortísimos y santos, hallamos más digna de admiración la constantísima práctica de la virtud en la debilidad de una mujer, cual refiere la notabilísima historia de la bienaventurada Egeria, más fuerte que todos los hombres del siglo.

Ya veis: ¡en el siglo VII mi nombre despertaba admiración y respeto!



pero, siguiendo el fragmento que ha llegado hasta hoy de mi escrito, podré ir desgranando para vosotras mi identidad.

Sobre mi dedicación también hay varias teorías. Agustín Arce me llama «virgen», titulando su traducción castellana *Itinerario de la virgen Egeria*. Valerio me presenta a sus monjes como «abadesa», pero no creo que se pueda decir de mí ni una cosa ni la otra. El término «virgen» no sé muy bien cómo tomarlo. Supongo que, siendo él religioso, consideró apropiado ese adjetivo para referirse a una mujer que viaja por el mundo y habla de cosas de religión. Lo de abadesa puede que se deba al interés que en mí despierta la vida monástica, también al hecho de que Valerio sea abad y escriba a su comunidad. Está claro que no iba a poner de ejemplo ante unos santos monjes a una mujer que no encaje en los esquemas de santidad femenina del siglo VII, es decir, una monja. Pero en el siglo IV en mi tierra aún no existen los monasterios tal y como se conocen hoy. Precisamente esta cuestión es una de las principales investigaciones de mi viaje, como os contaré más adelante.

Yo, que soy muy curiosa...

Esta es de las pocas afirmaciones que hago de mí misma, una afirmación ciertísima en varios sentidos. Soy curiosa por lo poco frecuente que es que una mujer sea peregrina y escritora en el siglo *iv*. Pero sobre todo soy curiosa porque pregunto e indago sin parar.

Entonces yo, como soy muy curiosa, empecé a preguntar cuál era ese valle donde este santo, ahora eremita, se había hecho el eremitorio; pues pensaba que no sería sin razón. Entonces los santos que viajaban con nosotros y conocían el lugar nos dijeron: «Este es el valle de Corra, donde se estableció el santo Elías Thesbita en tiempos del rey Acab, en que hubo hambre, y por orden de Dios un cuervo le traía la comida y bebía agua de este torrente» (*Itinerario* 16, 3).

Solo se realiza aquello que se sueña. A mí me mueve el deseo, mi curiosidad, que me hace recorrer a pie, en montura, o como sea posible un montón de caminos lejos de mi patria para descubrir lugares nuevos, lugares que yo ya conocía por los libros, mis grandes amigos, pero que nunca antes había pisado más que con la imaginación.

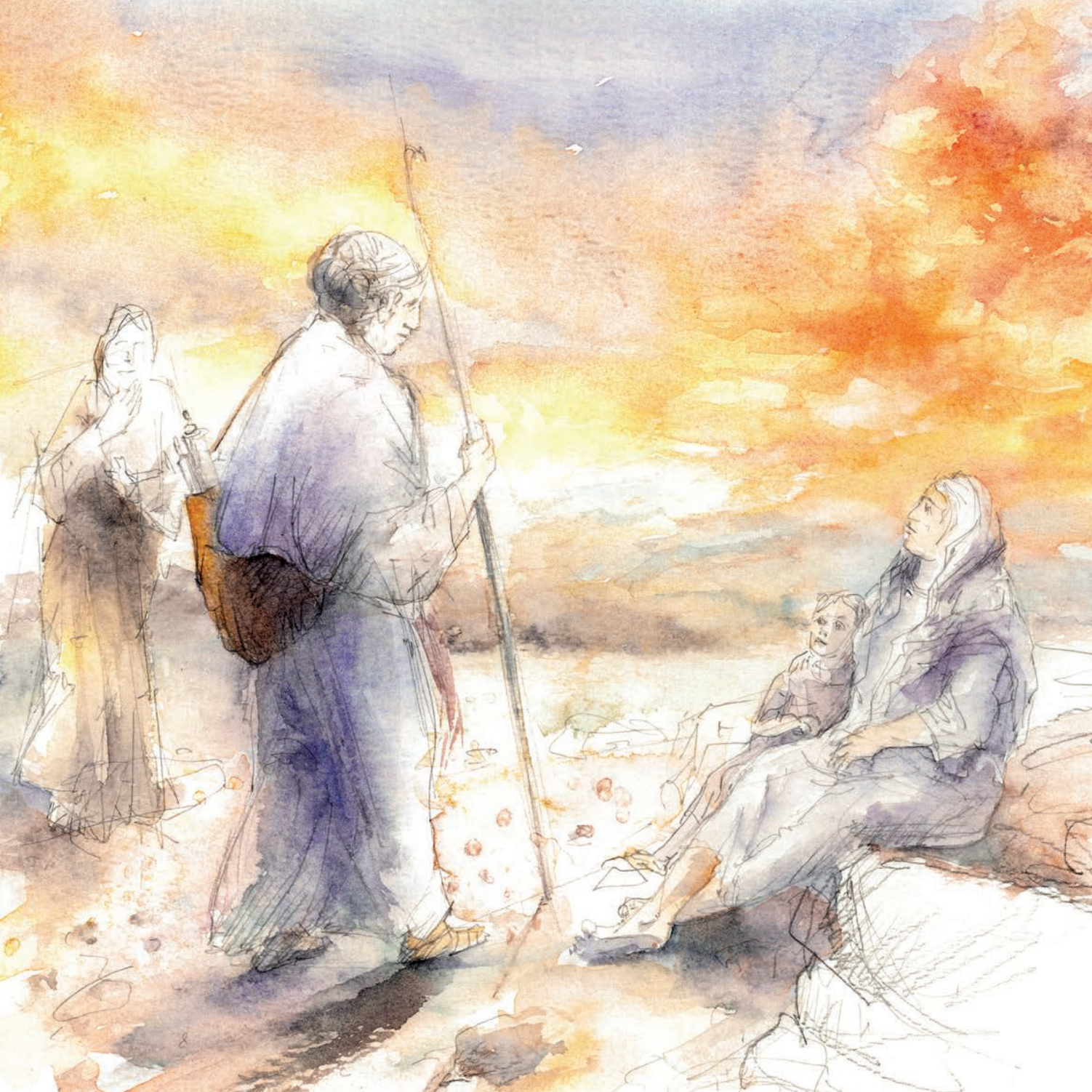
Dice Pablo D'Ors que lo que salva al ser humano es la hondura y el asombro, y yo en ese riachuelo bebo. Mi *Itinerario* es un continuo rescatar la novedad, participando en ese cambio que llamamos vida. En mi viaje no hay costumbre ni rutina, y ese man-

tenerme abierta a la novedad, en contacto con las compañeras, a las que voy contando cada hallazgo, me hace estar en aprendizaje permanente en el hilo de la vida.

Debéis tener en cuenta que no se peregrina del mismo modo en el siglo IV que en el siglo XXI. En mi época los viajes no son fáciles, ni siquiera habituales. Los peregrinos viajamos en grupos pequeños, para protegernos entre nosotros. Vamos a los lugares a los que nos lleva nuestra fe, espacios habitados por hombres y mujeres eremitas que nos reciben con los brazos abiertos, comparten con nosotros sus celebraciones, y también mesa y alimento, ofreciéndonos los productos de la tierra que ellos mismos cultivan y que son su sustento. Con este espíritu ponemos en práctica aquello que decía Cristo, nuestro Dios: «no llevéis saco, ni alforja, ni calzado» (Lc 10,4a), siendo alimentados por la gracia de quien nos acoge. Que no os extrañe tampoco el uso de esta expresión: «Cristo nuestro Dios». Es la manera que tenemos de reconocer la divinidad de Jesús en Gallaecia en el siglo IV. Hoy tenéis otras, lo sé, pero a mí me gusta esta.

Todo lo que descubro me alimenta y me hace crecer. Cada paso es como una inyección de energía en mi trayecto. Soy una mujer positiva, que busca el lado bueno de la vida: valoro todo lo que me cuentan, contrasto lo que descubro con lo que ya sé, pregunto e indago cuando algo me sorprende... Eso hace que muchas veces las personas con las que hablo me cuenten más cosas de las que espero, o me enseñen lugares nuevos.

El objetivo de mi viaje es doble: por un lado, ahondar en mi experiencia religiosa, y por el otro, colmar mi interés investigador.



Quiero descubrir y describir los Santos Lugares para las otras, las mujeres que me sostienen, con las que prepararé este periplo, y de las que os hablaré más adelante. Todo lo que veo lo voy contrastando con los datos que ya conozco, que he aprendido leyendo.

Hay dos cosas que me interesan de manera especial. Por una parte, ver cómo se desarrollan las primeras comunidades monásticas. El movimiento monástico está naciendo en las tierras de Egipto, Palestina y Turquía que visito, y yo soy espectadora y cronista de este nacimiento. Por otra parte, me interesa también saber cómo se celebran las liturgias cristianas en la ciudad de Jerusalén.

El siglo ^{iv} es una época revuelta en mi tierra. Prisciliano, contemporáneo mío, lleva ya mucho tiempo bajo sospecha de heterodoxia, ¡incluso de herejía! El Concilio de Zaragoza, celebrado en el año 380, justo un año antes de echarme yo a los caminos, condena algunas prácticas priscilianistas, para nosotros habituales, como la de que los fieles y los sacerdotes se retiren en soledad, en la soledad habitada del monte. También limita, por ejemplo, la edad de las mujeres que quieren dedicarse a la vida eremítica o a viajar, no pudiendo hacerlo antes de los cuarenta años...

El cristianismo es aún un niño pequeño que empieza a andar, y no hay manuales para la vida monástica como tenéis hoy, ni pautas claras y uniformes sobre cómo desarrollar una celebración litúrgica. Nosotros vivimos en la periferia del Imperio y notamos que necesitamos referencias ciertas para poder celebrar y vivir nuestra fe... así que, ¡qué mejor que ir a buscarlas a los lugares en los que nació el cristianismo!

La historia de un libro singular

Mi libro tuvo bastante éxito en la Edad Media, un tiempo en el que el interés por conocer Tierra Santa era mucho. Había ejemplares de él en las bibliotecas de muchos monasterios medievales. Os puedo contar por ejemplo de san Rosendo (907-977), noble gallego que llegó a ser obispo de Mondoñedo. Cuando fundó el monasterio de Celanova, en el año 935, hizo la primera donación de libros a su biblioteca en la que se incluía una copia de mi *Itinerario*. Y sé que también hubo otras copias en la biblioteca de Toledo a principios del siglo XI, en la biblioteca del monasterio de Saint-Martial de Limoges, en Francia, en el siglo XIII, y en la abadía benedictina de Montecasinò, al norte de Italia.

Tanto éxito tuvo mi humilde escrito, que hasta fue inspirador de otras guías de Tierra Santa. Alrededor del año 1137, Pedro Diácono, bibliotecario en la abadía de Montecasinò, escribió una guía de Tierra Santa, el *Liber de Locis Sanctis*. Pedro no estuvo nunca en Tierra Santa, pero tenía mi *Itinerario*, y reprodujo muchas de las descripciones que yo hago. Esto, que hoy os puede parecer un plagio, en mi tiempo era un honor del que solo gozaban los libros verdaderamente relevantes.

En la Edad Media, la abadía de Montecasinò llegó a ser la más importante de Europa. Fue fundada por el monje Benito de Nursia alrededor del año 530. Benito y su hermana Escolástica adaptaron las costumbres de los monasterios orientales y crearon un manual

de vida monástica que repartía las horas del día entre trabajos manuales y meditación. Tanto éxito tuvo esta regla, que se resume en la famosa frase *ora et labora*, que muy pronto la mayoría de los monasterios europeos adoptaron como propia. Montecasino, de donde salió la norma que revolucionó la monástica en Europa, fue el centro indiscutible de la espiritualidad en la Edad Media, y su biblioteca, referente cultural de toda Europa. ¡Que mi *Itinerario* haya estado en esa abadía es una honra!

Todo el esplendor cultural y religioso que las abadías supusieron en la Edad Media fue decayendo en los tiempos de la Modernidad. Los ejes de la cultura europea se movieron fuera de los ámbitos monásticos y algo se perdió en el cambio. Los saqueos, expropiaciones y desamortizaciones, hechas pensando solo en el valor económico de las cosas y sin tener en cuenta los tesoros culturales que los monasterios guardaban, hicieron desaparecer muchos libros. La abadía de Montecasino fue saqueada por las tropas de Napoleón en 1799 y destruida por completo en 1944, en la II Guerra Mundial. Después de la guerra, el Estado italiano la reconstruyó y Pablo VI la volvió a consagrar en 1964.

Pero, antes de que Napoleón la destruyera, los monjes apostaron por salvar los libros. Cogieron todos los que pudieron y los fueron llevando a monasterios cercanos. Así en 1788 se registra la presencia de mi libro en el monasterio de Arezzo, monasterio que suprime Napoleón en 1810. Los libros de la biblioteca de Arezzo se dispersan. Una parte van a parar a la Confraternità di Laici, en la misma Arezzo. Así fue como, en 1884, el monje historiador Gian Francesco Gamurrini encuentra en esta biblioteca el *Codex Aretinus*, un códice en el que encuadernan varias obras procedentes